

Triunfan los españoles al cabo de una hora de combate: sálense á la calle formando un grupo por cima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fue su perdicion. Corren tras ellos los indios armados de palos y piedras; dispónense los españoles á una nueva pelea apiñándose en derredor de la efigie, como un batallon que defiende su bandera; pero una granizada de piedras lanzada por sus contrarios los obliga á dejar caer la presa y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas ¡cuál fue su asombro cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenia en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fue causada por el golpe de una piedra inicua.

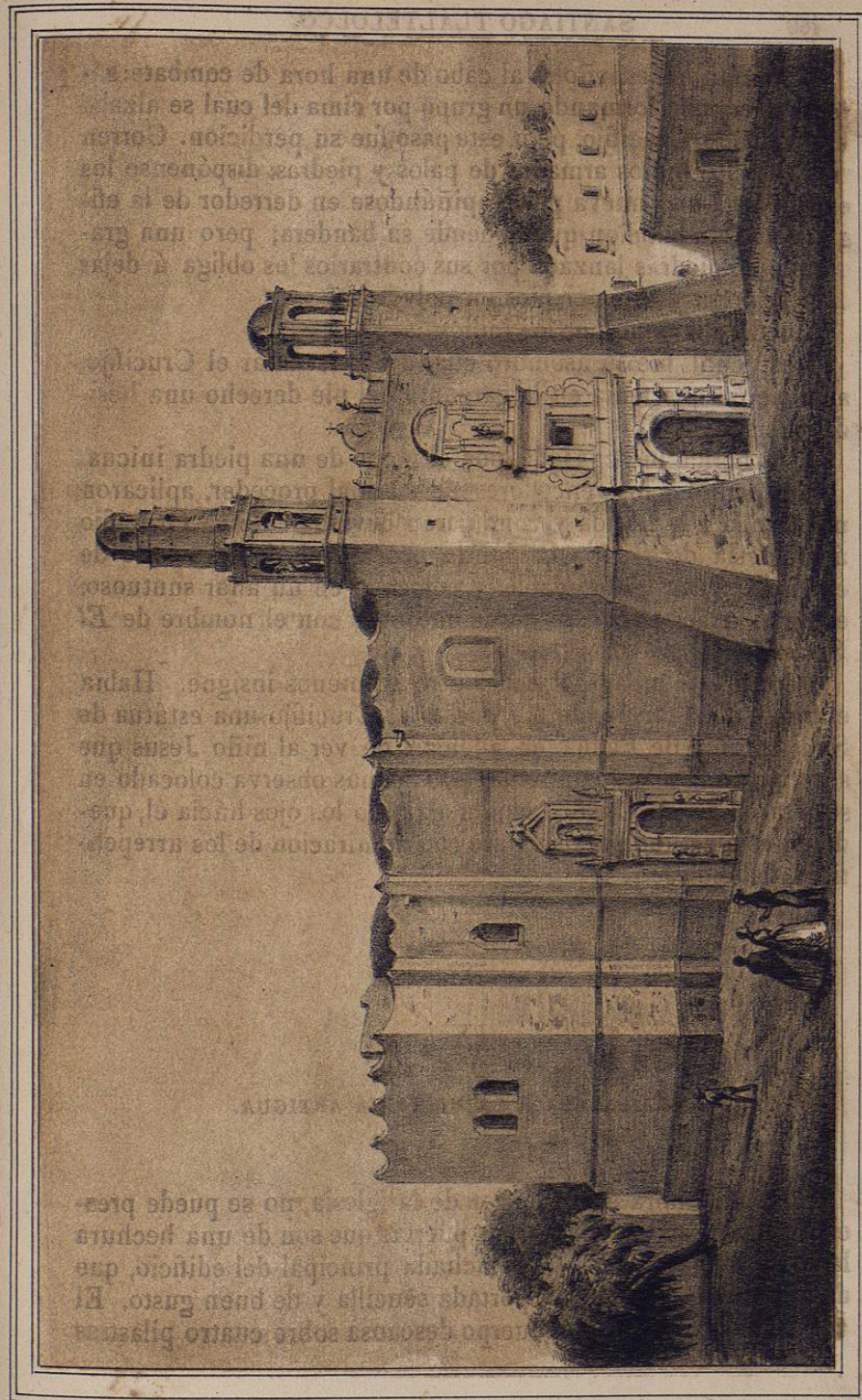
Arrepentidos los vencedores de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle de cuantos modos les fue dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de *El Santo Cristo del Milagro*.

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Habia enfrente del altar donde fue puesto el Crucifijo una estatua de San Antonio de Padua en ademan de ver al niño Jesus que sostenia en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre con admiracion de los arrepentidos tlaltelolcas.

## IX.

### UNA OJEADA A LA HISTORIA ANTIGUA.

Viniendo ahora á lo exterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras



EXTERIOR DE SANTIAGO TLALTELOLCÓ.

...dóricas, dos á cada lado de la puerta, las cuales dejan ver en los intercolumnios un nicho con su estatua correspondiente: apóyase el del segundo en otras tantas pilastras jónicas, y el del tercero en igual número de pilastras del orden corintio. Se ve por lo mismo que el arquitecto siguió en la obra, y por lo que hace á la especie de pilastras, la gradacion que pide la naturaleza, colocando arriba las mas ligeras respectivamente á las de abajo. Lo que sí no puede perdonársele, es que haya puesto por remate del tercer cuerpo un fróntis semicircular, siendo todos los de esta figura un aborto del arte ya degenerado. Esta falta se evitó en la portada que corresponde á la entrada lateral de la iglesia, cuyo fróntis de forma triangular ostenta encima un águila con las alas extendidas.

El aspecto de todo el edificio es severo é imponente; y segun lo reforzado de los muros, señaladamente de los que forman la parte inferior de las torres, no parece sino que el P. Torquemada intentó construir un edificio perdurable.

Observado desde el cementerio y á unos cien pasos de distancia al norte, se presenta en magestuoso aislamiento sin mas compañía que la de un árbol del Perú, que por su postura especial con el tronco inclinado y las ramas colgantes, parece como agobiado bajo el peso de los siglos.

A la sombra de este árbol, quizá contemporáneo de la primera iglesia y el único de los que en otro tiempo alegraban el cementerio, hemos contemplado la puesta del sol en una tarde de primavera.

Un enjambre de abejas que poblaba el follaje libando la miel de las flores y platicando armoniosamente, comunicaba al ánimo una melancolía apacible, haciéndonos recordar el sauce y el *levi susurro* de Virgilio.

Por otra parte, la soledad, el cielo limpio de toda nube y el astro del dia, mudo testigo de las dichas y miserias de tantas generaciones, invitaban á recorrer con el pensamiento los sucesos de que habian sido teatro aquellos sitios, y á remontarse hasta las risueñas fábulas que presiden al establecimiento de los tlateolocas.

Cuando los aztecas venian peregrinando en busca de las encantadas regiones donde, segun su oráculo, debian fijar su imperio, llegaron á un lugar llamado Cohuatlicámac, en que permanecieron tres años.

Estando juntos un día en el campamento que tenían formado, aparecieron dos *quimillis* ó envoltorios en medio de ellos, y movidos de la curiosidad se dieron prisa en desatar uno para saber lo que contenía.

No fue vana su diligencia: el *quimilli* atesoraba en lo mas interior una piedra preciosa á manera de esmeralda; pero escitada la codicia de todos, cada cual la quiso para sí ó su familia, y en último caso para toda su parentela. Resultó de aquí que se formasen dos bandos, que por disputarse el hallazgo, se vieron á pique de venir á las manos.

En tal conflicto acudió á poner paz Huitziton, que hasta allí los habia ido acaudillando, y dirigiéndoles la palabra, les echó en cara su poca cordura en contender por la alhaja descubierta en el envoltorio, sin averiguar siquiera lo que el otro contenía, que por ventura podía ser algo mas precioso.

Convencidos de la fuerza de una observacion tan juiciosa, dieron treguas á la disputa, y quedándose los de un bando con la piedra, se pusieron los del otro á desatar el envoltorio hasta entonces intacto. Concluida la operacion hallaron solo dos palos.

No conformes con este resultado, iban de nuevo á emprender la contienda con los poseedores de la piedra; pero Huitziton, que estimaba en mas el segundo hallazgo y que á toda costa queria mantener unidos á los miembros de aquella gran familia, se presentó á calmarlos indicándoles que mayor tesoro eran los palos que poseian, pues que dotados de una virtud inestimable, les servirian de mucho en el discurso de su peregrinacion.

Preguntado cuál era la virtud que tanto ponderaba, tomó los dos palos y restregándolos uno contra otro sacó fuego de ellos.

Comprendieron á vista de este fenómeno, que hasta entonces habia sido para todos un secreto, que su caudillo tenia razon; pero, como es fácil preverlo, renació la disputa quizá con mas ardor que al principio á causa de los palos, y aunque el prudente Huitziton logró que no tomara cuerpo, quedaron indispuestos los ánimos, y los de un bando permanecieron enoñados y mezclados con los del otro para siempre.

He aquí el origen de la division de la gente azteca en dos tribus ó parcialidades, y de las disensiones que despues turbaron la armonía de su sociedad. Reputábanse nobles los que se apropiaron la esmeralda, y los dueños de los palos, plebeyos.

Pasaron los años, y cuando ya unos y otros habian llegado al valle de Anáhuac, término de su viaje; establecidos ya en la isleta situada en medio de la laguna, aunque harto mal acomodados por lo mezquino del terreno; un día en que la tribu de los nobles se mostraba altamente disgustada de esa estrechez, sucedió que varios sugetos pertenecientes á ella vieron levantarse hácia el norte, y de entre los carrizos y espadañas, una columna de polvo á manera de remolino, que se perdía en el cielo.

Asombrados del caso, pues que ciertamente no podia producirse polvo donde no habian visto mas que agua, enderezaron los pasos hácia el lugar en que se verificaba: llegan; mas ¡cuál es su admiracion al ver una isleta formada de un terreno arenisco y que parecia estar convidando pobladores! Hallan ademas en la parte mas elevada una flecha, una culebra enroscada y una rodela ó *chimalli*.

Persuadidos á que la presencia de estos objetos era una insinuacion divina, volviéronse á participar á la tribu de los suyos todo lo ocurrido, resultando de aquí que se separase de la de los plebeyos para establecerse definitivamente en el lugar nuevamente descubierto. Era este elevado hácia el centro, de donde disminuía en altura gradualmente hasta la orilla, por lo que, y atendiendo á la materia de que se componia, le llamaron *Xaltelolco*, ó sea *monton de arena*.

Una vez fabricadas las primeras casas, para agrandar el terreno, empezaron los nuevos pobladores á formar al rededor chinampas, que con el tiempo se fueron asentando; y aumentando el número de ellas sobremanera, llegaron á componer mediante este arbitrio una gran superficie, que desde esa época adquirió el nombre de Tlaltelolco, el cual significa, segun los historiadores, *monton de tierra artificial ó hecho á mano*. De aquí tambien les vino á los habitantes de ese lugar el nombre de Tlaltelolcas, así como por otra razon el de tenochcas ó mexicas y hoy mejicanos á los de la isla situada al sur, llamada Tenochtitlan.

Separados unos de otros, los tlaltelolcas se constituyeron en nacion independiente, y deliberaron entre sí acerca del gobierno que les convenia. Escogida la forma monárquica, pidieron rey al señor de Atzacotzalco, de quien eran tributarios, el cual les dió á Quaquaupitzahuac, su hijo segundo, que los gover-

nó por muchos años, hermoseando la ciudad con buenos edificios, huertas y jardines, y estendiendo sus dominios por medio de las conquistas que hizo de varios pueblos comarcanos, entre otros, los de Texcoco, Xaltocan y Tenayocan, hoy Tenayuca.

Muerto este rey, entró en su lugar Tlacatécatl ó Tlacatéutl, que siguió la política de su antecesor y conquistó los pueblos de Coyohuacan y Aculhuacan.

El tercer rey de Tlaltelolco fue Quauhtlahuáztin, que aspirando á hacerse dueño de Méjico, murió en la guerra que se suscitó por este motivo entre sus vasallos y los hijos de aquella ciudad.

El cuarto señor que gobernó á los tlaltelolcas fue Moquihuix, de funesta memoria. Era hombre de perversas inclinaciones. Casó con la hermana de Axayácatl, rey de Méjico, y observó con ella una conducta tan cruel y villana, que puso á su cuñado en la necesidad de reprenderle con acrimonia, y al fin, de hacerle la guerra, en que pereció el primero. Peleaban en ella con terrible furia mejicanos y tlaltelolcas, mientras el monarca de los últimos los contemplaba desde lo alto del templo: indignados estos, le afeaban su cobardía dándole voces para que bajase á participar de los peligros de la batalla; pero sordo á su llamamiento, se mantuvo en la posición que habia elegido hasta que perdida toda esperanza de victoria, se dejó caer, ó le precipitaron segun otros afirman, muriendo de resultas del golpe. Con la muerte de este mal soberano acabó el señorío de Tlaltelolco, y la ciudad pasó desde entonces á ser un barrio de Tenochtitlan, en cuya categoría se conservó hasta la conquista del país por los españoles.

Los hijos de este barrio eran mas valientes y tenaces en la pelea que sus vecinos, como lo acreditaron durante el sitio que puso á Méjico Hernán Cortés: ganada esta ciudad en tres dias, refugiáronse los tenochcas á Tlaltelolco, donde todos juntos resistieron todavía al invasor por mas de noventa dias, hasta que acosados del hambre y la peste, hubieron de rendirse.

Después de la conquista recobraron los hijos de Tlaltelolco una sombra de su pasado señorío. El gobierno español conservó hasta cierto punto la independencia de las dos antiguas parcialidades, dando á cada una su gobernador escogido de entre los caciques ó principales, y éstos funcionarios se sucedieron sin interrupción hasta la consumación de nuestra inde-

pendencia. El primer gobernador de Tlaltelolco fue D. Pedro Temile, que auxilió á los castellanos en las conquistas de Guatemala y Honduras, y el último, D. Francisco Soria, de quien hay todavía parientes en el barrio.

Sin embargo de la union de las dos ribus bajo una misma soberanía, y del concierto de las voluntades para rechazar al invasor extranjero, así antes como después de la conquista, insistieron en su anterior enemistad, que se perpetuó de padres á hijos como una triste herencia; y hasta hoy se conserva memoria de los terribles encuentros que tenían á veces los vecinos de Tlaltelolco con los de Santa María la Redonda, por un puente situado en este último barrio, conocido todavía con el nombre de *Puente de las Guerras*.

Por tradición se sabe, que el sitio que al presente ocupan la iglesia de Santiago, el Tecpan y la alameda ó proyecto de alameda que se ve en la plaza, era el mismo donde se establecieron primitivamente los nobles propietarios de la esmeralda, y que fue agrandado después merced á sus afanes.

En él estuvo el célebre mercado, ó gran plaza rodeada de portales, segun la describen los historiadores, donde cada cinco dias se juntaban comerciantes venidos de todos los pueblos del imperio, y aun de los países mas lejanos como Guatemala. En él estuvo asimismo el templo dedicado á Huitzilopochtli, no el mayor, que, como hemos dicho, se hallaba en Tenochtitlan, sino otro que fue incendiado durante el cerco que pusieron á la ciudad las huestes españolas.

Sobre el área donde se asentaba este teocalli, fueron levantadas las iglesias primitivas de Santiago, así como la que hoy está en pie, dedicada al mismo santo.

Ya se sabe lo bastante acerca de ellas. Como la mas antigua del barrio era parroquia, continuaron siéndolo tambien las posteriores, y todavía á mediados del siglo décimo octavo, hablando Cabrera sobre la última, hace mención del cura ministro y de los otros religiosos que en ella asistian. El cementerio actual es probablemente el mismo donde se congregaban para asistir á los divinos oficios los primeros mejicanos convertidos al cristianismo, entre los cuales se hallaria el célebre Juan Diego.

Tal fue el resultado de la correría que hicimos por el campo de la historia de Tlaltelolco durante los momentos que pa-

samos al pie del árbol consabido, mientras el sol se abismaba detrás de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció despues el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosa apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatepetl apenas se dejaba entrever cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruido sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hácia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilización, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quaulitemoc y de Méndozá contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogar á lo que fue, añadimos mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua Méjico se pierde mas y mas cada dia en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; mas el porvenir es la esperanza de la nación: en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generacion hacer esa conquista?

## SANTA CLARA.

### I.

#### LA DEDICACION DE LA IGLESIA.

EN la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de Méjico se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que escitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces *Plazuela del Marqués del Valle*, por el palacio de Cortés que la limitaba hácia el poniente, era en especial digna de observarse a causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguia el mismo palacio antes mencionado.

Era este un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecia una série de balcones, cuyos balaustrados toscos se ocultaban á la sazón bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro con un gusto aristocrático. La del balcon principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no habia ya en Méjico mas que ramas colate-